

225. El carro

Pasa por el centro de Sevilla un carruaje artesanal, destartado como el uso al que está destinado: la recogida de los más inverosímiles residuos, especialmente metálicos. Lo empuja un hombre joven, moreno, quizá rumano, como tantos. Pero lo llamativo reside en su constancia en llevar adosada una bandera española, diría colocada con primor, siempre limpia.

Me atrae la estampa del desfile unipersonal lleno de un supuesto patriotismo porque tan denostado símbolo, cada vez más —basta observar cualquier manifestación para comprobar su ausencia en todo rincón y cabecera— transcurre por las calles más céntricas. Un día observé a un grupo de turistas en la Alameda de Hércules cámaras en ristre ante la indiferencia del porteador, quizá habituado a posar para la anécdota.

Sería un deber de gratitud darle a conocer el caso al Ministerio de Defensa para otorgarle una distinción como patriota, sea adoptivo o indígena. Honor a su constancia porque su trajín lo hace durante el día y entrado el crepúsculo.

Lo digo porque al pasar una noche con mi mujer hace unos años por la céntrica Plaza de San Lorenzo, se celebraba un acto electoral del Partido Andalucista para las pasadas elecciones municipales en el que actuaba Pilar Távora, candidata a la alcaldía. Por cierto: entre los escasos asistentes se encontraba al final don Alejandro Rojas-Marcos, fundador de dicha organización. Estaba solo, de pie, hierático, quizá absorto en sus fantasmas históricos, ajeno a las palabras de doña Pilar. A esto, pasó el carro patriótico, y con un vozarrón imprevisto impuso su dueño un sepulcral silencio, como si el Gran Poder saliese a tomar la primera bocanada de aire en la madrugada. Aunque no fui capaz de entender sus airadas y atropelladas palabras de gutural lenguaje, denunciaba puño en alto su precaria situación, petición de justicia social, crítico ante la teatralidad que los humanos prodigamos. Fue su fugaz mitin.

La candidata calló y todos giramos la cabeza. El pase de la bandera española ante las verdes y blancas logró el frío contraste entre la cruda realidad y esa otra interpretada para quedar bien ante una historia, antes o después, soberana justiciera.

No obstante —pensé—, si este pobre hombre instalase su 'negocio' en algunos territorios norteños hubiese acabado sin carro, sin bandera y sin lo más sagrado: la libertad de expresión para exigir un trabajo digno, deseo primario en una sociedad hostil.

Pronto terminó el acto. Entonces me parecieron escuchar las notas del himno de Andalucía apagadas, gastado el disco de tanto usarlo en vano; himno estrenado, precisamente, a escasos metros de la citada plaza por José del Castillo un 10 de julio de 1936: «¡Andaluces, levantaos, pedid tierra y libertad! ¡Sea por Andalucía libre, España y la Humanidad...!».

Doña Pilar, hija de artista y directora de cine, perspicaz señora, podría haber tomado la escena para una película más verídica que otras de la filmoteca nacional: las de los tópicos muy típicos.